

REVISION DE ALGUNAS HIPOTESIS DE MARX

Rubén Zorrilla

Ya hacia 1900 era claro, inclusive para los marxistas alemanes que llegaban a Inglaterra alrededor de esa fecha, que su maestro se había equivocado. Para advertir este fenómeno ellos no contaban con los conocimientos y recaudos de los marginalistas, ni con los nuevos desarrollos del pensamiento económico “burgués”. Fundaban su perspectiva herética –que bien pronto sería estigmatizada como “revisionista”– en el hecho cardinal de que la evolución histórica del capitalismo inglés era muy distinta a la prevista apodóticamente por Marx, particularmente desde su obra magna, *El Capital*.

Sin dejar de ser su incondicional seguidor, no es otra cosa la que reconoce Engels en el prefacio de 1892 a la reedición de su libro *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, publicado por primera vez en 1845: “El estado de cosas descripto en este libro pertenece al pasado, por lo menos en lo que respecta a Inglaterra.”¹ Es decir, con respecto al primer país capitalista de la historia y en ese momento el dominante en el

¹ Federico Engels, *La situación de las clase trabajadora en Inglaterra*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1946 (1845), pág. 7. Prefacio a la edición de 1892.

mundo. Contradiendo de lleno las predicciones de Marx, aceptaba que en apenas medio siglo, el capitalismo había disminuido drásticamente la miseria en el país, por supuesto, sin eliminarla.

Pero el mismo comportamiento del sindicalismo inglés y de la “clase obrera” escapaba a las anticipaciones de Marx. Tenemos un indicador significativo para formular esta aseveración, aunque se podrían ofrecer otros en el mismo sentido: la revolución de 1848, que conmocionó al continente europeo, de Francia a Polonia, no afectó para nada al único país que tenía una “clase obrera” moderna (originada en el factory system), no obstante que había pasado por la experiencia pionera del cartismo.

En la misma Argentina tenemos otro indicador independiente –también un hecho histórico memorable– para ejemplificar este desfase entre el comportamiento teórico anticipado y la conducta real de los “proletarios”(recordemos que en el tomo III de *El Capital*, Marx los define meramente como “asalariados”): el prócer máximo de la “clase obrera” argentina es un Teniente General de la Nación de reconocida formación fascista, que simpatizaba calurosamente con el general Francisco Franco y deseaba el triunfo del nacional-socialismo. En vano socialistas, comunistas (ellos crearon el término “naziperonismo”), y todo tipo de marxista, procuraron desenmascarar al coronel Perón. Nadie los siguió, salvo sectores medios y altos de la estratificación social.

Los mismos Marx y Engels practicaron una curiosa duplicidad: si desde la teoría asignaban a la “clase obrera” el papel de Mesías en el apocalipsis final, en la realidad de la lucha política cotidiana la condenaban constantemente. Basta leer atentamente su correspondencia para espigar de allí las desazones y torturas que les ocasionaba las reacciones del “proletariado”.

La audaz y triunfal política de Lasalle llenó de amargura a Marx, así como la actitud de las clases trabajadoras de Italia y Alemania, frente a las propuestas de Mussolini y Hitler, llenaron de justificado terror a todos los socialistas del mundo, y, desde luego, más todavía a los que no lo eran y participaban del pensamiento liberal— aquel que, precisamente, los marxistas habían combatido con saña inigualable.

No me detengo en el aporte detallado de hechos históricos para sostener estas interpretaciones, que no son originales. Sólo agregaré que las mismas revoluciones socialistas refutaron a Marx, tanto por las características de sus condiciones iniciales (totalmente contrarias a las predichas por Marx), como por la extracción social de su liderazgo, la dinámica de sus métodos, y, sobre todo, sus consecuencias sociales y culturales.²

Sin embargo, la primera guerra mundial y especialmente el triunfo del golpe de Estado bolchevique en 1917, así como la gran crisis económica de 1929 en Estados Unidos —de repercusión mundial— simultánea, prácticamente, con los triunfos del fascismo y el nacional-socialismo, parecieron confirmar (en términos de la experiencia histórica contemporánea) el diagnóstico de Marx.

El resultado general de esa experiencia histórica se tradujo en un avance persistente del Estado sobre la sociedad civil, una consolidación del socialismo y el nacionalismo, fundados ambos hechos en un aumento de la autarquía económica y el proteccionismo. Correlativamente, disminuyó la libertad política y económica y se acentuaron hasta niveles antes desconocidos y casi inconcebibles, la brutalización de la vida política y la cínica violación de los derechos civiles y

² Hay una vastísima bibliografía testimonial y crítica sobre este tema: desde *Rusia al desnudo* (1930) de Panait Istrati, hasta *El archipiélago GULAG* (1973) de Alexandr Soljenitsin, y *La nomenklatura. Los privilegiados de la URSS* (1980), de Michael Voslensky. Seis historiadores franceses resumen investigaciones sobre todas las experiencias socialistas en *El libro negro del comunismo* (1997)

personales, aún aquellos que reposaban en el simple ejercicio de las costumbres.

La negociación y los acuerdos de la práctica política interna y externa, desaparecieron –si bien esto varió según los países– o se hicieron precarios y sectoriales.

Después de casi medio siglo de “guerra fría”, la caída del Muro de Berlín dio un golpe político y cultural demoledor a los presagios del marxismo, aunque constituía apenas la culminación del fracaso ilevantable (ya conocido por los no creyentes) en las múltiples experiencias del socialismo real, realizadas desde las más diversas condiciones sociales, culturales e históricas.

No obstante los resultados unánimemente catastróficos de este sumario balance, donde las inducciones del marxismo fueron la base de su ejecución empírica, *El capital*, la obra maestra de Marx, se reedita constantemente, al menos en tres versiones diferentes, al punto de que probablemente sea el libro de economía más leído o comentado en lengua castellana fuera de las universidades, y quizá también dentro de ellas, si nos atenemos a las preferencias de gran parte de los profesores en ciencias sociales, más allá de su obsolescencia.

Por eso creo que es útil considerar al menos algún problema de los analizados por Marx, particularmente si parece relevante, tanto para aquilatar su vigencia teórica, como para apreciar sus manifestaciones recientes y locales, notoriamente significativas.

Este es el caso de un tópico arduamente discutido: el de la pauperización creciente en el capitalismo.

Formulación del problema

El profesor de Harvard Paul Sweezy escribe en un libro que intenta rescatar la teoría de Marx: “Como ejemplo [de validez relativa de las tendencias o leyes enumeradas por Marx en *El capital*] podemos citar la famosa ‘ley de la miseria creciente del

proletariado'. Los antimarxistas han afirmado siempre la falsedad de esta ley y han deducido de ahí que el análisis de Marx es incorrecto. Algunos marxistas, por otra parte, se han interesado igualmente en demostrar que la ley es verdadera... Ambas partes son culpables de la misma incomprensión del método de Marx. La ley en cuestión es deducida en un alto nivel de abstracción; el término 'absoluta' usado [por Marx] para definirla lo es en el sentido hegeliano de 'abstracta'; no constituye en ningún sentido una predicción concreta del futuro."³ Es decir, está fuera del mundo empírico, más allá del espacio sideral, donde jamás se medirá con el escabroso horizonte de la miserable vida humana.

Pero veamos lo que afirma el mismo Marx en el primer tomo de su libro: "A medida que disminuye el número de magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, se acrecen la miseria, la opresión, la servidumbre, la degeneración, la explotación, pero también la rebelión de la clase trabajadora, cada vez más numerosa y educada, unida y organizada por el propio mecanismo de la producción capitalista."⁴

Esta cita –entre otras igualmente expresivas– es más que contundente: no hay la menor duda de que Marx no habla acerca de una miseria abstracta: habla de la realidad cotidiana lacerante, del obrero en andrajos, y de que en el futuro próximo esa situación será inevitablemente, cada vez peor, en la misma medida que el proceso capitalista avance, aunque existan esporádicamente los espejismos de mejoras esporádicas.

³ Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, FCE. México, 1942, (1941), pág. 32.

⁴ Karl Marx. *El capital. Crítica de la economía política*, Biblioteca Nueva, Buenos Aires, 1946, Tomo I, pág. 560. Traducción de Juan B. Justo. Edición en un solo volumen de los tres tomos. La traducción de Justo se hizo sobre la cuarta edición alemana. Los tomos II y III han sido traducidos por E. Hausner, sobre la base de la última edición (1933) de Marx-Engels-Lenin Institut de Moscú.

Constituye, inocultablemente, una predicción. Si no fuera así, la crítica despiadada de Marx al capitalismo perdería su significado, que sugiere, además, una profunda indignación moral.

En el trozo citado existe también la formulación de un absurdo psicológico: que en esas condiciones de degradación, explotación, servidumbre y degeneración –nada menos– los obreros encontrarán los medios y ánimos para educarse y, más aún, unirse para derribar el capitalismo, lo que implica reservas psicológico-sociales inhallables en esas condiciones de vida.

Es la de Marx una visión romántica y lineal, totalmente irreal e ilusoria –como la de sus *Manuscritos económico-filosóficos*– del comportamiento humano.

Toda la justificación del profesor Sweezy, destinada a sostener que Marx no dijo lo que leemos en su texto, para ocultar el hecho de que Marx hizo una predicción, se derrumba. No quiere admitir que el maestro, a pesar de su infalible y misterioso método (un subrefugio común de los marxistas para decirnos que no penetramos en su pensamiento), ha sido completamente desmentido por el testarudo curso empírico del proceso histórico que pretendía anticipar.

Veamos otra cita esclarecedora de Marx sobre el problema que estamos considerando: “En fin, cuanto mayores son la capa de los Lázaros de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, tanto mayor es el pauperismo oficial. *Esta es la ley absoluta y general de la acumulación capitalista*. Como toda otra ley, ésta es modificada en su realización por circunstancias múltiples, cuyo análisis no corresponde hacer aquí.”⁵

Obsérvese que en la última oración dice que la ley puede ser *modificada* (sin decir en qué sentido ni por qué) pero no suprimida, por circunstancias desconocidas. Se refiere sin duda a los altibajos del proceso capitalista, pero de ninguna manera a

⁵ *Ibid.* Pág. 470. El subrayado está en el original.

la inexorabilidad de la ley, ni a la inevitabilidad de su gravitación en el desenlace del proceso capitalista. Y si bien es cierto que toda ley es abstracta, cualquiera que sea, se refiere siempre al comportamiento de los acontecimientos reales.

En la página siguiente, apenas unas líneas después, entre un vendaval de adjetivos que subrayan la desprotección del trabajo obrero, y el empeoramiento constante e imparable de su situación, apunta Marx: "... a medida que el capital se acumula, tiene que empeorarse la situación del obrero, cualquiera sea su paga, elevada o baja."⁶ Habría que agregar: "para que se cumplan las escrituras".

Y añade: "Ella [la ley que vincula el ejército industrial de reserva con la acumulación de capital] implica una acumulación de capital. La acumulación de riqueza en uno de los polos, es, pues, al propio tiempo, acumulación de miseria, trabajo abrumador, esclavitud, ignorancia, brutalidad y degradación moral en el polo opuesto, es decir, del lado de la clase que produce como capital su propio producto."⁷

Según estos testimonios terminantes, ¿dónde está el carácter "abstracto" o no predictivo de las afirmaciones de Marx referidas a la pauperización, según Sweezy? En ninguna parte. Es la mala inferencia de un creyente que no quiere ver que la realidad lo ha desmentido, o ha desmentido su teoría. No hay la menor duda, entonces, de que Marx predijo la miseria creciente de los asalariados, aunque reconoció que transitoriamente su salario pudiera subir.

Es que Marx adoctrina desde la perspectiva de la sociedad tradicional o precapitalista –por más que la odiara– donde la riqueza de unos es la pobreza de los otros, producto de la violencia y el robo, antes que de los intercambios pacíficos del mercado.

⁶ *Ibid.* Pág. 471

⁷ *Loc. Cit.*

No puede concebir una situación o sistema en el que el desideratum sea la creación de riqueza constante y de tal magnitud que todos ganen, aunque desigualmente.

Si, según una metáfora común, “la torta es más grande”, ¿por qué no podría ser posible que los más desfavorecidos puedan gozar de una porción mayor, no sólo en su participación concreta sino también en sus posibilidades de vida, más numerosas y mejores? La teoría de Marx contradice precisamente esta presunción: entonces no puede explicar el formidable crecimiento de los estratos medios, a pesar de la multiplicación demográfica, ni la movilidad social ascendente de los sectores más bajos de la población, ni el aumento generalizado de esos sectores en la participación de bienes y servicios, aunque sin duda siguen existiendo bolsones de pobreza. No es otra cosa lo que ve Engels en el apunte que recordé de su prefacio de 1892.

Para Marx, la relación entre los empresarios y los trabajadores es como la del Cid Campeador con las víctimas de sus saqueos, donde la acumulación del primero es la condición de la miseria de los segundos. El del Cid no es un sistema de creación de riqueza, como sí lo es la economía fundada en los intercambios del mercado.

El mundo del Cid no es el mundo de las relaciones derivadas de la economía dineraria, y menos de la economía de la sociedad de alta complejidad, con su vasta red institucional, y sus mercados generalizados.

Marx cree estar en un horizonte socio-cultural exactamente contrario: piensa que estamos en los procesos de apropiación típicos de la época del Cid. Por ejemplo, transcribe con aprobación, dado que confirma su tesis, lo que escribe el monje (*sic*) veneciano Ortes, del siglo XVIII: “...la abundancia de los bienes para algunos es siempre acompañada del absoluto despojo de lo necesario para muchos otros. La riqueza de una nación corresponde a su población y su miseria corresponde a

su riqueza”.⁸ En otras palabras, a más riqueza de una nación, más miseria.

Finalmente, Marx cita a Destutt de Tracy, otra vez con aprobación: “Las naciones pobres son aquellas en que el pueblo se encuentra bien y las naciones ricas, aquellas en que es ordinariamente pobre”.⁹ Estas citas dicen más sobre el pensamiento de Marx y su cosmovisión social que un tratado exegético. Si no olvidamos su talento y erudición, sólo pueden provocar consternación. Configuran los módulos ordenadores de una percepción tradicional de los problemas sociales y culturales. Lo que inicialmente confunde en Marx y nos puede hacer pensar que no es así es el hecho de que es un profesional profundamente secularizado, y en esto es un representante del Iluminismo, y, por lo tanto, de la modernidad. Para deducir que eso no obsta, allí están sus palabras en su obra fundamental.

Una defensa actual y argentina de Marx

Después de examinar algunas estadísticas del Reino Unido entre 1846 y 1866, Marx comenta: “Si los extremos de pobreza no han disminuido, se han acrecido, al crecer los extremos de riqueza”.¹⁰ Lo que aquí infiere Marx no es que hay más pobreza sino que “no ha disminuido”(se mantiene igual), sino que hay mucha más riqueza. Entonces, lo que en efecto ha aumentado es la desigualdad (existe más diferencia entre los extremos), pero no la pobreza, aquello que precisamente es lo que Marx quiere sugerir al lector (“a más riqueza más miseria”).

Si aumenta la riqueza lo más probable es que la desigualdad sea más grande. Pero si esto sucede, es muy improbable que parte o gran parte de la nueva riqueza acumulada no mejore los rangos inferiores de la estratificación social, dando origen a la

⁸ *Ibid.* Pág. 472

⁹ *Ibid.* Pág. 473

¹⁰ *Ibid.* Pág. 476.

movilidad social ascendente. De otro modo, no podríamos explicarnos la tremenda expansión de los estratos medios y sus consumos en los países avanzados, cuyos indicios son ya claros en la segunda mitad del siglo XIX, tanto en Estados Unidos, a pesar de que el desarrollo capitalista recién comenzaba.

En una investigación en la que analiza la idea de la pobreza entre 1800 y 1850 en Inglaterra, Gertrude Himmelfarb señala: “Puede ser verdad (el peso de las evidencias sugiere que lo es) que el nivel de vida de las clases trabajadoras (en promedio, en conjunto y durante todo ese período) mejoró como resultado de la industrialización, que aumentó la movilidad social, y que había buenas razones para creer que la mejoría y la movilidad continuaron [como efectivamente sucedió allí donde el capitalismo se expandió]. Pero también era verdad que según una impresión extendida, aunque de ninguna manera general, de lo contrario, en cierto aspecto (moral, pero no material: social, pero no económico) la situación de las clases trabajadoras se había deteriorado... (...) Esta impresión se transmitió, en la ficción y la realidad, a través de las escenas de miseria y violencia [de las novelas] sin duda exageradas y excepcionales, pero que captaban una parte de la verdad. (...) Como siempre, no fueron los promedios y los totales de las estadísticas los que modelaban la opinión pública, sino los casos individuales y los ejemplos dramáticos, a menudo atípicos.”¹¹

Bajo esta impresión se hallaban Marx y Engels –y una multitud de intelectuales– cuando escribían.

Salvo el Reino Unido –y sólo parcialmente– Francia, Alemania y Estados Unidos eran países donde la industria ocupaba poco lugar en el conjunto de la actividad económica. Hacia el año 2000 el ascenso de los sectores medios en los países capitalistas avanzados es, en cambio, indiscutible. La

¹¹ Gertrude Himmelfarb, *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial*, FCE. México, 1988 (1983), pág. 600.

producción de riqueza, en poco más de un siglo –desde que Marx escribió– realmente extraordinaria, acaso haya aumentado la desigualdad y estirado sus gradaciones; sin embargo, de ninguna manera ha provocado miseria: al contrario, la ha disminuido drásticamente.

Dos epistemólogos, a 59 años del intento de salvataje realizado por el profesor Sweezy de las hipótesis de Marx, especialmente la que se refería a la pauperización creciente de los trabajadores, insisten en sostener que las tesis del maestro no han sido refutadas: “... se ha dicho muchas veces que el pronóstico que hace el marxismo acerca de la inexorabilidad de una revolución social en la sociedad capitalista, después del fenómeno de la miseria creciente y la acumulación de capitales, ha quedado refutado porque ni la sociedad inglesa ni la norteamericana llegaron a la revolución social pronosticada.”¹²

Es claro que el “pronóstico” se refiere al futuro e incluye la afirmación de que algo preciso, aunque quizá general, ocurrirá. Es, en suma, una predicción, aunque tal vez no sería científica en la medida en que el pronóstico no contuviera necesariamente el fundamento de la teoría, de la que debería ser una consecuencia lógica contrastable o empírica, si fuera una predicción. Pero este no es el caso del marxismo: incluye –entre profecías– decisivas predicciones, que son las que le confieren gran importancia en las ciencias sociales, aparte de su filosofía de la historia y de su antropología filosófica.

Todos los marxistas, entre ellos los más prominentes, hicieron predicciones de relevancia acerca del desarrollo

¹² Gregorio Klimovsky-Cecilia Hidalgo, *La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales*, A-Z editora. Buenos Aires. 1998, pág. 186 y 187.

También León Trotsky, en *El pensamiento vivo de Marx*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948 (1940), procura salvar la predicción sobre “la miseria creciente”. Ver páginas 25 y siguientes de esa edición. En todos los casos, los corchetes en el interior de las citas me pertenecen.

capitalista –en muy diferentes aspectos– así como de su fin, de la revolución socialista, del fascismo y el imperialismo, y de la sociedad socialista en construcción, en particular, la del socialismo real en Rusia y otros países, incluidos China, Cuba, Checoslovaquia y Alemania del este. Tanto las predicciones –de todo tipo– referentes al capitalismo, y al comportamiento de la “clase obrera”, como las que tenían que ver con las experiencias socialistas, resultaron unánimemente fallidas, globalmente consideradas y en particular, es decir, examinadas como conjunto, o como casos específicos.

Sin embargo, Klimovsky-Hidalgo proponen –a diferencia de Sweezy– una hipótesis *ad-hoc* para sostener que no hubo ninguna refutación. Esto se logra –según los epistemólogos– “afinando las conclusiones metodológicas [?]”: “... aquí hay que afinar las conclusiones metodológicas, pues lo que pasó en realidad fue que el estado como los economistas, lejos de declarar inválidas las hipótesis marxistas, tuvieron muy en cuenta sus pronósticos y, por ello, tomaron medidas que impidieron la inexorabilidad de la revolución anunciada. Así, el Plan Marshall, las inversiones del gobierno, la inflación [?], fueron medidas para evitar, de alguna forma, la miseria creciente. De hecho, esto último no se produjo y al no haber miseria creciente (inexorable), las condiciones que Marx creyó encontrar para que tuviera lugar la revolución social no se cumplieron. Por otra parte, la estructura de la policía y el ejército en esos países fueron cambiadas bruscamente”.¹³

Esta inconexa argumentación, vaga y arbitraria en datos y supuestos esenciales (basta pensar en la inflación como “valla” para la miseria creciente, o la absurda referencia al Plan Marshall, acerca del cual se nota que los autores no conocen nada), procura hacer olvidar el hecho de que Marx, ni Engels, Lenin, Trotsky o Kautsky, jamás dijeron, ni siquiera como

¹³ *Loc. Cit.*

posibilidad (lo que hubiera invalidado instantáneamente las bases de su teoría) que el capitalismo pudiera salvarse de la miseria creciente por ningún medio, o de su fin ignominioso, porque, munidos de las verdades marxistas, los capitalistas (¡en el gobierno!) podrían usarlas para defender su sistema y tornar imposible el socialismo.

Marx, y los marxistas más prominentes, sostuvieron siempre –con corrección lógica y metodológica impecable, aunque no sin vacilaciones y diferencias– que el capitalismo caerá inevitablemente y que, además, caerá según las previsiones de la teoría, no por alguna razón distinta a las estipuladas por ella. Como dice Marx en una carta a Ruge de 1848: los obreros harán la revolución “¡Quiéranlo o no!”.

En otras palabras, la “miseria creciente”, “la” revolución, la caída del capitalismo y el triunfo del socialismo eran concebidos como fenómenos naturales, como partes, por ejemplo, del crecimiento de una planta (metáfora de Hegel que retoma Marx). De ahí que no pueda hacerse nada para su concreción. Ningún Plan Marshall, por más eficaz que fuera, podría impedirlo.

Con su hipótesis *ad-hoc* los epistemólogos que he citado disuelven arbitrariamente, sin ningún fundamento, la teoría de Marx, aunque sin duda sin quererlo; más aún, pensando que la mantienen. Lo grave es que esa hipótesis agregada no tiene el menor sustento histórico. Es falso que los políticos que fueron líderes de los Estados más capitalistas, o que los economistas de sus Estados creyeran que las hipótesis de Marx eran ciertas, si bien es verdad que tomaban en cuenta la agitación obrera promovida por anarquistas, socialistas y, en menor proporción, marxistas, entre otros grupos.

El Plan Marshall tuvo como fin, en las condiciones catastróficas que dejó la guerra de 1939-1945, reanimar la economía de todos los países devastados, incluidos los vencidos, a diferencia en este caso, de la posguerra de la

primera guerra mundial (1914-1918), y de todas las guerras anteriores.

Esta ayuda no impidió “la revolución”: no existía en el ánimo de la gente de los países conmocionados o devastados por la guerra, y menos en las respectivas “clases obreras” de los países comprometidos en ella, las ganas ni las intenciones de hacer alguna revolución, no obstante el gran peso político de los partidos comunistas de Francia e Italia.

Si Estados Unidos tomó la decisión de ejecutar el Plan Marshall, y otras medidas fundamentales de carácter institucional (una de ellas fue la imposición de la democracia en todos los países vencidos y principalmente en Alemania y Japón) fue porque –en contra de las predicciones de socialistas, marxistas, e inclusive de muchos intelectuales no marxistas– tenía recursos materiales, políticos y culturales para hacerlo.

En el año 2000 podemos ver que desde la última guerra mundial, el avance del capitalismo, más allá de sus crisis, ha sido gigantesco, sobre todo si se tienen en cuenta las predicciones o “pronósticos” de Marx. Esto no quiere decir que un incierto punto del futuro no desaparezca. Esto nadie lo sabe ni lo sabrá. Pero si eso ocurre será por razones enteramente diferentes a las establecidas en la teoría de Marx. Del mismo modo que las revoluciones socialistas del siglo XX –mal que les pese a sus alienados líderes– nada tienen que ver con la validez de la teoría económica, histórica o antropológica del marxismo, en cualquiera de sus variantes, a veces en áspero conflicto. Al contrario, se produjeron en condiciones opuestas a las anticipadas por la teoría. Esto no quiere decir, sin embargo, que el marxismo deba ser relevado de las fundamentales responsabilidades de las consecuencias éticas, sociales y culturales que depararon esas dantescas experiencias. Allí se abolieron hasta los vestigios –por otra parte no demasiado vigorosos– del capitalismo, la propiedad privada y la economía de mercado, y la práctica de la religión y la integridad de la

familia sufrieron un ataque feroz. El Estado avanzó prácticamente hasta los límites mismos de la sociedad civil. Estos Frankenstein sociológicos tienen su origen indubitable en el pensamiento de Marx, a pesar de ser contradictorios con sus intenciones. Pero, como sabemos hasta el hartazgo, éstas no tienen nada que ver con la validez epistemológica, es decir, el contenido de verdad de las teorías, y tampoco con sus consecuencias morales.

El testimonio empírico de estos últimos 150 años ha invalidado todos y cada uno de los “pronósticos” (los epistemólogos huyen de la palabra justa “predicción”) explícitos o deducidos, por Marx y Engels, o alguno de sus seguidores.

Capitalismo y represión

En escueta y preciosa síntesis, Mikhail Bakunin predijo con precisión el desenlace de lo que sería la aplicación de la teoría de Marx, si llegaba a concretarse: “ Esta [revolución marxista] consistirá en la expropiación, ya sucesiva, ya violenta, de los actuales propietarios y capitalistas, y en la apropiación de todas las tierras y todo el capital del Estado, el cual, para poder cumplir su gran misión, tanto económica como política, deberá ser necesariamente muy poderoso y estar fuertemente concentrado. El Estado administrará y dirigirá el cultivo de la tierra por medio de ingenieros afectados a ello y mandando ejércitos de trabajadores rurales, organizados y disciplinados para ese cultivo. Al mismo tiempo, establecerá, sobre la ruina de todos los bancos existentes, un banco único, comanditario de todo el trabajo y de todo comercio nacional”.

“Es concebible que, a primera vista, un plan de organización tan sencillo, al menos en apariencia, pueda seducir la imaginación de obreros [debería decir de ‘intelectuales y estudiantes’ o de ‘burgueses’]; los obreros se dejan seducir solamente por ventajas concretas –siempre de corto alcance–

como las que otorgó Perón, por ejemplo] más ávidos de justicia e igualdad que de libertad, que locamente se imaginan que una y otra pueden existir sin libertad, ¡como si para conquistar y consolidar la igualdad y la justicia pudiéramos confiarnos en el prójimo, y en los gobernantes tan luego, por muy elegidos y controlados por el pueblo que se diga! En realidad, eso sería para el proletariado un régimen de cuartel, en el que la masa uniformada de los trabajadores despertaría, se dormiría y viviría a los redobles del tambor.”¹⁴

Esa exactamente fue la situación del socialismo real dondequiera que se intentó realizar el proyecto de Marx, con la eliminación de la propiedad privada y los mercados, y el agregado de matanzas masivas, justificadas por la pervivencia de ideas opositoras, nacionalidades rebeldes, categorías sociales, etnias, religiones o ideas políticas diferentes, aun dentro del aceptado e inevitable marxismo, que oficiaba de doctrina única.

Del mismo modo que Klimovsky-Hidalgo, Landauer y otros anarquistas, tampoco examinan hipótesis básicas de Herbert Spencer, Alexis de Tocqueville, Max Weber, Talcott Parsons, o Friedrich Hayek, extraordinariamente pertinentes y fundamentales para un libro sobre epistemología en ciencias sociales. Llama la atención que la única teoría considerada allí, junto a la psicoanalítica, sea la de Marx, con levísimas referencias –en general inútiles– a Weber y otros.

Por otra parte, afirmar que “la estructura de la policía y del ejército en estos países fueron cambiadas bruscamente” intenta sugerir que la salvación del capitalismo se debió a una generalizada represión, lo que es completamente ilusorio, seguramente originada en algún descuido. El ejército y la

¹⁴ Miguel Bakunin, *Sobre la libertad*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1975, pág. 147. Los agregados entre corchetes son míos.

policía de los países conquistados y de la propia Unión Soviética. Esto no evitó que el socialismo se derrumbara.

Ni Estados Unidos, ni el Reino Unido, ni Alemania, Francia o Italia, cambiaron drásticamente su ejército o policía, ni fueron utilizadas para combatir alguna revolución, a pesar de que los marxistas gozaron de una libertad absoluta para moverse a su antojo en todas las organizaciones e instituciones de la sociedad civil y el Estado (¿burgués?). Allí, al contrario –y no obstante el mejoramiento del ejército y la policía (no su cambio drástico)– los niveles de represión bajaron, en cambio, drásticamente. Es que no fueron necesarios para mantener el orden.

La situación de esos países era completamente distinta a la que tenían que soportar los pueblos en la Unión Soviética y en todos los países socialistas. Los sangrientos levantamientos de las masas desesperadas en Alemania, Checoslovaquia, Hungría y Polonia, son una evidente y leve muestra de una represión sofisticada que no se dio en ningún país capitalista avanzado.

Es que no hubo atisbo de “revolución” en Estados Unidos o Gran Bretaña, y ni siquiera en Francia o Italia, países de enorme influencia marxista; en cambio, una revolución libertaria estuvo rondando constantemente por toda el área socialista¹⁵, donde la nomenklatura contaba con armas de primer nivel, orientadas a la represión arbitraria y sistemática.

Es curioso como nuestros epistemólogos olviden datos científicos a un tiempo cruciales y elementales para describir (no digamos explicar) procesos históricos y obscenamente

¹⁵ En 1967 yo trabajaba en la revista *Análisis*, dentro de su redacción (no era colaborador externo). Su director, Fernando Morduchowicz –que escribía admirablemente (*rara avis*)– no me publicó un artículo en el que parafraseaba el comienzo de *El manifiesto comunista*: “Un fantasma recorre el mundo de los países socialistas, el fantasma del capitalismo...” Eso era lo que yo deducía de la controversia sobre la economía socialista en la que estaban empeñados Liberman, Birman y otros tecnócratas del sistema, especialmente en la Unión Soviética.

empíricos que pueden lesionar sus ilusiones y que están en los periódicos.

No reparan, no obstante su evidente autoridad, en que, por ejemplo, cuando hablan de “un ejército de avanzada con armas electrónicas” pretenden atribuirlo a la situación en el capitalismo, aunque en rigor deberían concederlo a los países socialistas.

Para afirmar que Marx no se equivocó, aportan la idea de que “la” revolución no se produjo en el seno del capitalismo debido a sus armas, como si Marx hubiera aceptado que la revolución habría de detenerse por un simple mejoramiento de las armas, por más elevado que fuera. El argumento es histórica y científicamente espurio, además de lógicamente irrisorio desde la teoría original.

Por otra parte, el conocimiento de lo que constituyó el “movimiento obrero” o el sindicalismo, y hasta la mera incidencia cuantitativa de la “clase obrera” en el conjunto de la población activa, habría sido suficiente –como material empírico-histórico– para darse cuenta que Marx erró completamente en el comportamiento real del “proletariado”, así como en la estimación de la “conciencia de clase”, y en su gravitación estructural (tanto política cuanto económica) en el conjunto del capitalismo avanzado. Basta estudiar el sindicalismo en cualquier parte del mundo para darse cuenta que la “clase obrera” no fue, ni es, en su acción social, lo que predijo Marx.

Y la teoría de éste, en contra de lo que convencionalmente suele sostenerse, no “representa” los intereses de la “clase obrera” ni los representó jamás (no es la teoría del “proletariado”) ni es el instrumento para develar ni su significado sociológico, ni su comportamiento real, y ni siquiera el probable. Yo digo más: el marxismo es contrario al espíritu y la direccionalidad del comportamiento obrero, aunque, sin duda, no es contrario a los latiguillos demagógicos y movilizadores

que “agitan” y que pueden extraerse de él, sobre todo si están saturados de indignación moral y de nacionalismo (un elemento contrario al espíritu marxista, que es internacionalista).

En ninguna parte la prédica marxista (aunque sí la “agitación”) penetró en los trabajadores. En cambio, tuvo y tiene éxito en estudiantes e intelectuales acomodados, frecuentemente acaudalados.

Esto explica por qué Marx fracasó completamente en predecir (o “pronosticar”) la naturaleza, tanto de las condiciones iniciales en que tendría lugar la revolución socialista, como – después de producido el triunfo de las revoluciones socialistas– tampoco en anticipar las características de sus desarrollos sociales y culturales, que fueron exactamente opuestos a los esperados por él, y en cambio totalmente congruentes con los previstos por Bakunin.

Allí donde la propiedad privada se abolió y se eliminaron hasta los vestigios de la economía de mercado –no digamos meramente del capitalismo– hambrunas con decenas de millones de muertos, millones de trabajadores esclavos, además de manipulaciones físicas y psíquicas inconcebibles sobre la generalidad de la población, fueron la consecuencia impensada de la puesta en práctica de las ideas de Marx.

Estas experiencias alucinantes, aunque movidas por los insaciables apetitos humanos, no fueron el resultado de buscar el lucro individual (si bien este ineliminable vector psicológico existió). En ese caso no hubieran causado mayor daño, ni ese daño, de existir hubiera sido masivo. Fue el intento de hacer realidad la utopía marxista, con sus pretensiones totalistas y omnipotentes, lo que desencadenó las tragedias.

Los experimentos socialistas fueron masivos, y se realizaron desde las condiciones iniciales más disímiles, tanto por las estructuras sociales implicadas, como por la cultura vigente y aún los momentos históricos, al punto de configurar un experimento natural, es decir, una situación de laboratorio

donde las variables críticas se hallan controladas espontáneamente, como sucede a veces en astronomía.

En estos fenómenos estuvieron comprometidos países altamente desarrollados (Checoslovaquia y Alemania) y países subdesarrollados; países africanos, europeos, asiáticos y americanos; países cristianos (católicos, protestantes, ortodoxos), países musulmanes y budistas, entre otros, así como sus mezclas y variedades.

Los líderes y las cadenas de liderazgo fueron muy diferentes en sus características psicológicas y en su formación, aunque idénticos en su vocación dictatorial y en el fundamento de su organización política, ferozmente represiva.

Cualesquiera fueran las consecuencias concretas obtenidas en las experiencias socialistas, ellas resultaron invariablemente antagónicas (el término que en Marx conjura al pensamiento “dialéctico”) a las previstas por el socialismo o el comunismo, o de sus conspicuos teóricos. Evidentemente, los instrumentadores de la infalible “dialéctica” no alertaron, porque no las vieron, las contradicciones internas que destruirían su teoría, en especial los antagonismos entre el contenido de sus hipótesis y la realidad a las que ellas se refieren.

Las omisiones de los epistemólogos

Klomovsky-Hidalgo pasan por alto la abrumadora cantidad de condiciones, situaciones y datos para operar, con un mínimo de rigor, la contrastación de la teoría marxista. Olvidan que las revoluciones socialistas se produjeron por razones completamente diferentes a las predichas por la teoría, y que sus desarrollos nada tuvieron que ver con una “asociación de productores” racionalmente orientados, ni gobiernos “obreros” u “obreros-campesinos”, ni con la disminución (sería demasiado pedir la abolición) del poder arbitrario del Estado, el ejército, la policía y la burocracia, sino en su exacerbación. Menos todavía

con el perfeccionamiento en la aplicación de los derechos humanos, civiles o individuales, sino en su cercenamiento permanente y sistemático. Todo esto debido a que se aplicó el marxismo a rajatabla –según las peculiaridades de cada situación– no a que fue traicionado. Las consecuencias indeseadas no fueron casuales: resultan de sus insalvables contradicciones internas y en su insuficiencia, en particular en concebir a la sociedad como una organización, y no como un sistema abierto, en evolución, que opera sobre la base de un orden espontáneo, como los idiomas y todas las formas vivientes (aunque la sociedad no es un organismo).

En lugar de considerar estos hechos y de relacionarlos con los “pronósticos” de la teoría que hace referencia taxativa a ellos, los epistemólogos reescriben la formulación de dos predicciones de Marx para hacerlas pasar de refutadas a no-refutadas: “Si actúan espontáneamente las fuerzas económicas del capitalismo y provocan la competencia de los dueños de los medios de producción, el abaratamiento de las mercancías y la competencia comercial; si se produce acumulación de capital y los sueldos no aumentan; si la policía no toma medidas contra los obreros; si no hay un ejército con armas electrónicas que puedan ser empleadas contra los proletarios, etc. [*sic*], entonces se producirá la revolución social.”¹⁶ Los autores culminan la nueva formulación: “De este modo, la ley [de Marx] sería válida, pues se cumpliría ampliamente.”¹⁷

Para Klimovsky-Hidalgo la rápida confirmación de las hipótesis científicas, en especial si son marxistas, es muy sencilla: se trata de ampliar casi hasta el infinito (etc.) las condiciones que deben requerirse para hacer que se cumpla la ley. Así, si hay una condición que no se verifica, siempre es

¹⁶ Klimovsky-Hidalgo, *op. cit.*, pág. 187

¹⁷ *Loc. cit.*

posible sostener que la ley es válida, sólo que no se cumple porque faltó aquella condición.

Además, los epistemólogos dan por válida a la ley a pesar de que carece todavía de su verificación empírica: en otras palabras, dan por sentado que la revolución se producirá, cuando es evidente que hasta que ella no se dé, la reformulación de la hipótesis supone sólo su probable validez. Hay que esperar a que se haga la revolución para afirmar que es válida. Mientras tanto, no deja de seguir siendo hipotética.

Pero veamos más en detalle el contenido de su reformulación, de una ingenuidad desconcertante: aunque con obvios y preventivos reparos, porque nunca pueden actuar en estado puro, “las fuerzas económicas”, espontáneamente, “provocan la competencia de los medios de producción, el abaratamiento de las mercancías y la competencia comercial”, así como “la acumulación de capital y los sueldos no aumentan...”

Todas estas condiciones se dieron en los países capitalistas avanzados –además de las insufribles exigencias de las guerras– con la posible duda acerca de los sueldos, que no existiría en el caso de los marxistas, dado que aceptan que son bajos, o muy bajos y los trabajadores viven al nivel de subsistencia. Esto quiere decir que, al menos hasta aquí, se dan las condiciones para que la “clase obrera” haga la revolución.

Queda el problema de los instrumentos de represión. Sobre este punto se puede afirmar resueltamente que, salvo alguna intervención policial (nunca el ejército) a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX –siempre en situaciones de conflicto particulares– tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido (los dos grandes países capitalistas del mundo), no se han dado casos de represión y menos de represión masiva y generalizada que demandara el uso de armas comunes (no “electrónicas”), sobre los “proletarios”. Sencillamente, no ha habido intentos (ni tampoco amagos) de levantamientos obreros, ni situaciones

revolucionarias, cualesquiera fuera su carácter. Basta pensar en las condiciones de Estados Unidos en los primeros años de la tercera década del siglo XX, con millones de desocupados. No hubo allí ni el menor atisbo de revolución.

Y estos aspectos, fácilmente verificables en los libros elementales de historia, muestra no sólo que las predicciones de Marx no se cumplieron: muestra también que esos “pronósticos”, reformulados en la versión de Klimovsky-Hidalgo, son más errados todavía, porque sus redactores no se hacen cargo de la experiencia histórica contemporánea, aquella que Marx no alcanzó a compulsar. Muestra también que siempre Marx es infinitamente mejor que los marxistas, que además frecuentemente viven del Estado “burgués” y de jugosas becas del imperialismo (un hecho que refutaría la existencia de una “clase dominante”).

Porque, en esencia, los epistemólogos nos dicen que sólo, y sólo si, hay represión sofisticada (policial y militar) no habrá revolución, puesto que las demás condiciones se verificaron en algún momento en las historias de los países capitalistas. Por lo tanto, si no hay represión, debería haberse producido la revolución (pensemos por ejemplo, en la gran huelga en París en 1919). Y ella no se produjo ni en una situación tan traumática como la crisis de 1929, ni en las situaciones de guerra (en ningún momento la “clase obrera” se levantó contra Hitler) ni en las condiciones de la posguerra conexas a 1914-18 ó 1939-45.

En síntesis, la ley de Marx no se cumpliría, ni aún en la versión actualizada por Klimovsky-Hidalgo. Creo que aducir, para salvarla, que si bien no hubo represión hubo *disuación*, es recurrir a una argucia inaceptable: los trabajadores (sean “clase obrera” o “proletarios”) aportaban su consenso al sistema, más allá de las dificultades circunstanciales, a diferencia de lo que pensaba el primitivismo político intimidante de Lenin y de muchos intelectuales. Es que probablemente los obreros

pensaban que en una lucha violenta perderían mucho más que sus cadenas.

Klimovsky-Hidalgo no están solos. Dos décadas antes, un economista prominente del marxismo oficial, asesor destacado de la nomenklatura socialista, se mueve cerca de sus explicaciones: “Pro lo tanto, la teoría de la depauperización de la clase obrera es falsa como pronóstico y generalización; por el contrario, es correcta como expresión de una tendencia inherente al modo de producción capitalista, que resulta de las leyes económicas de este modo de producción y que actúa allí donde no aparecen fuerzas sociales opuestas.”¹⁸

Es decir, si la pauperización “es una tendencia” que resulta de “las leyes económicas” solamente donde no aparecen “fuerzas sociales opuestas” (objeto no identificado), ni siquiera queda la tendencia. Más incertidumbre es imposible. Después de esta esclarecedora conclusión, elaborada por un perito en la misteriosa dialéctica, lo más aceptable sería decir que no queda nada.

Una omisión llamativa

Uno de los hechos más sorprendentes en la consideración epistemológica de las hipótesis de Marx es que Klimovsky-Hidalgo no mencionan, y, naturalmente, ni examinan, una decisiva predicción de von Mises, formulada en un artículo en 1922 y repetida en sus libros *Socialismo* (1932) y *La acción humana* (1949)¹⁹. La idea junto a la competencia y la formación

¹⁸ Oskar Lange, *La economía de las sociedades modernas*, Editorial Grijalbo, México, 1966, pág. 181

¹⁹ Ludwig von Mises, *Socialismo. Análisis económico y sociológico*, Centro de Estudios Sobre la Libertad, Buenos Aires, 1968 (1932), especialmente pág. 104 y siguientes. Del mismo autor *La acción humana. Tratado de economía*, Unión Editorial, Madrid, 1980 (1949), página 1001 y siguientes (toda la Quinta Parte, especialmente 1013 y siguientes).

de precios reales o genuinos, que expresa las necesidades y preferencias de la gente, implica la distorsión total de datos esenciales para saber qué producir, y cómo y cuánto producir.

Aquí reposa el meollo de la hipótesis predictiva: con la desaparición de los mercados desaparece también la información indispensable para que los monopolios del Estado socialista puedan planificar sus procesos productivos, para saber quién trabaja bien o mal, y para distribuir, según premios y castigos, la riqueza creada. Sin los precios de mercado es imposible calcular los elementos del proceso productivo.

Esto es lo que sucedió en realidad: tal como lo había previsto von Mises, los planificadores socialistas, para construir sus previsiones, tomaban los precios –al comienzo– de los mercados zaristas de 1913; después comenzaron a utilizar los precios de algunos productos básicos del mercado internacional. Desde allí deducían penosamente los demás. Este procedimiento conducía a grandes distorsiones. En la época de Gorbachov, por ejemplo, la harina tenía un precio superior al pan, del que constituía solo una parte.

Dice un estudioso de la planificación socialista: “Los precios son fijados arbitrariamente por la administración, que se inspira frecuentemente en motivos extraños a la búsqueda del óptimo económico (motivos políticos y culturales) y por principio no tiene nunca en cuenta las variaciones de la oferta y la demanda.”²⁰ No las tiene en cuenta simplemente porque no existen. Páginas después agrega: “El sistema actual [circa 1972] de precios es criticado sobre todo por su incapacidad para estimular el progreso técnico”.²¹

Este fenómeno de distorsión de los precios y la imposibilidad del cálculo económico –hecho generalizado– mostraba hasta qué punto la asignación de recursos era anómala en todo el

²⁰ Marczewski, Jean, *¿Crisis de la planificación socialista?*, FCE. México, 1975 (1973), pág. 70.

²¹ *Ibid.*, pág. 84.

sistema económico, por más racionalidad de que pretendiera imponer los planificadores. Es que sólo la información que provee el mercado el capaz de orientar la asignación de recursos de la mejor manera posible (en la práctica nunca “óptima” y menos perfecta, porque el sistema económico no es la sociedad, y porque tanto él como ella son sistemas abiertos, es decir, son procesos en evolución).

Nada dicen Klimovsky-Hidalgo de esta relevante predicción, decisiva para estimar la validez del marxismo. En particular, von Mises y Friedrich Hayek son citados sólo una vez (en la página 207 del libro), en una nota al pasar sobre el individualismo metodológico, sin ningún comentario, y sin la exposición de alguna de sus ideas, eludiendo toda otra referencia a hipótesis críticas y alternativas a la teoría de Marx.

Conclusión

En suma, para contrastar la validez de las predicciones marxistas tenemos que tomar países capitalistas, aislados o en grupos, o también al capitalismo globalmente considerado. En todos los casos, hay que recordar que para Marx el capitalismo se autodestruiría por sus contradicciones internas: en algún momento que la teoría no explícita, el desarrollo de las fuerzas productivas chocará, inevitablemente y mortalmente (por más represión que haya) con las relaciones de producción y replanteará revolucionariamente esas relaciones haciéndolas compatibles con el nuevo nivel de las fuerzas productivas, lo que implica la desaparición del capitalismo.

Esto significa que la revolución presuntamente “obrera” sólo podrá producirse allí donde el capitalismo estuviera extraordinariamente avanzado, por ejemplo, en Estados Unidos o el Reino Unido. Y precisamente allí, en contra de todas las predicciones de Marx y de los marxistas, nunca existieron indicios para que esa revolución pudiera producirse.

En cambio, en los países de gran atraso económico desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción (por eso, no predominantemente capitalista) con una fortísima componente de cultura tradicional, y una intelectualidad comparativamente muy numerosa, de sentimientos nacionalistas (antiimperialistas), con el agregado del impacto de ideas marxistas y, en general, occidentales, es donde se produjeron revoluciones socialistas.

Es que allí el sentimiento anticapitalista, antimoderno (contrario al proceso de secularización) y nacionalista, con una población universitaria grande, era muy fuerte. El marxismo está asociado, no a la “clase obrera” (obreros “modernos”)²², sino a condiciones culturales donde tienen gran importancia los estratos medios y altos, intelectualizados y universitarios, puesto que el sector terciario de la educación posee gran relevancia en centros urbanos de peso político. Además de ser un centro de prebendas para esos estratos, la universidad es el campo de una actividad política intensa, lo que no ocurre en los países capitalistas avanzados.

Esto significa que no se cumplieron las previsiones de Marx: las revoluciones socialistas se produjeron en aquellos países que, si bien habían sido impactados por las prolongaciones mundializadas del capitalismo, y su movilización psicológica concomitante, él no se había arraigado en la estructura social, y menos en la cultura, especialmente en la universidad.

Estas revoluciones no se pueden explicar desde la teoría marxista (incluida la hipótesis de Lenin del “eslabón más débil”) sino mediante la adopción de premisas contradictorias con las que constituyen su punto de partida: las revoluciones socialistas se produjeron por la difusión de ideas anticapitalistas

²² En mi libro *Intelectuales y sindicatos*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1979; explico qué entiendo por “obreros avanzados”, “obreros modernos”, “revolucionarismo” y otros conceptos fundamentales para explicar las peripecias del movimiento obrero y su relación con los intelectuales.

y antimodernas en los países donde el inicio de las relaciones de producción capitalistas provocaron grandes resistencias derivadas de una base estructural y cultural de enorme contenido tradicional y antimoderno. El tronco de esta resistencia fue particularmente religiosos, con una decisiva componente nacionalista (paradójicamente, un sentimiento originado en la modernidad). La oposición a los shoppings, a los alimentos transgénicos y a la demonizada globalización, entre decenas de rasgos similares que podrían citarse, expresa la fuerza de esta inercia cultural.

Esto es patente en extensos grupos secularizados (un aspecto central en la modernidad) de los intelectuales, tocados por las ideas occidentales anticapitalistas –y en este punto coincidían con los grupos religiosos tradicionales–, pero que estaban enconadamente contra éstos porque deseaban arrebatarles el poder, o su papel político dominante, en las estructuras del *statu-quo*, en el que no podían penetrar.

Son estos factores culturales y estructurales de los países atrasados, que tienen su fundamento en una concepción tradicional del mundo y de la vida, pero que están conmovidos hasta los tuétanos por la penetración innovadora del capitalismo –y no el nivel de las fuerzas productivas y las relaciones de producción– los que contribuyen a explicar mejor las revoluciones socialistas de los países atrasados.

Poco e inestable capitalismo, y no mucho, con un gran tradicionalismo preexistente y una amplia y reciente intelectualidad, predominantemente universitaria, imbuida de ideas modernizantes y del conocimiento de nuevas técnicas de dominación (típicamente occidentales) son elementos básicos y decisivos en el fermento revolucionario, además de un fuerte nacionalismo.

La ínfima “clase obrera” y el extenso campesinado tienen escasa importancia como factores desencadenantes, salvo como masas manipulables (carne de cañón en este sentido cruciales)

de enorme potencia tradicional, y de mentalidad y cultura políticamente primitivas, con gran contenido mágico-religioso.

Pero Marx no sólo fracasó empíricamente al pretender anticipar el curso del proceso capitalista y las condiciones del estallido de la revolución socialista (hecho que sus seguidores asumieron críticamente como una confirmación de su teoría, cuando constituía en rigor su refutación): fracasó también en prever las consecuencias reales de la “construcción del socialismo” (la mera aplicación de sus ideas) y de sus contenidos institucionales y éticos, que fueron en todas partes –aunque desde condiciones iniciales completamente diferentes– iguales y antagónicas con las explicitadas claramente por él.

Todo lo que tendría presuntamente que desaparecer en el socialismo (el Estado, la burocracia, el ejército, la policía, la explotación, las desigualdades, la censura de todo tipo, entre otras fundamentales) y que Marx y los marxistas anunciaron con fruición, se agrandaron en grado superlativo, por el contrario, en las experiencias socialistas, donde adquirieron un carácter feroz y masivo superior al de cualquier dictadura del pasado.

Resumiendo, el proceso de contrastación de la teoría de Marx con la realidad a la que ella se refiere, y en las que pretende descubrir determinadas relaciones entre variables, debe incluir por lo menos las siguientes áreas, aunque cualesquiera de ellas es suficiente para establecer un veredicto provisorio acerca de la validez de la teoría, si bien el alcance o el grado de esa validez depende de la generalidad y extensión de las hipótesis sometidas a prueba:

- 1- El área de los países capitalista avanzados, su desarrollo y particularidades históricas, en relación con las anticipaciones, pronósticos y predicciones de Marx. En particular, predicciones sobre “la clase obrera” y su comportamiento, que es considerado por Marx como el sujeto clave del proceso

histórico capitalista. Para esto es absolutamente esencial el estudio del “movimiento obrero”.

2- El área de los procesos revolucionarios históricamente dados (incluidas las guerrillas y el terrorismo) en relación con las condiciones iniciales de su estallido, los factores dinámicos causales que tuvieron relevancia en su manifestación o triunfo, y particularmente la extracción social de su liderazgo, la participación de intelectuales y estudiantes, de la “clase obrera” y el campesinado (donde lo haya), así como el uso de técnicas de dominación y manipulación políticas, entre otros, y sus relaciones recíprocas.

3- El área de la “construcción del socialismo”, procedimientos políticos, medios militantes y policiales, sindicales, educacionales, económicas, dirección de monopolios y empresas, aplicados en las múltiples experiencias del funcionamiento del socialismo.

En estas tres áreas de contrastación es indispensable operar el principio de comparación entre condiciones, situaciones, estructuras, concepciones e ideas, así como de culturas.

Desde el mismo instante en que se produjo el golpe de Estado bolchevique del 25 de octubre de 1917 (calendario Juliano), se fueron conformando –nutridas de datos históricos– esta tres áreas, si bien la primera ya había sido explotada muy débilmente antes de aquel acontecimiento. Hoy contamos con posibilidades mucho más vastas para investigar lo que ocurrió en las experiencias socialistas. Los archivos apenas se han abierto y se hallan todavía prácticamente vírgenes de estudios. Por eso las promesas de conocimientos vitales para el porvenir de la especie humana en estos temas son realmente grandiosas. Pero, por ahora, los sociólogos no están demasiado entusiasmados, según me parece, por hincar el diente en los testimonios aleccionadores de las experiencias socialista. Es que no ven a los Frankenstein.